

CAPÍTULO V.

Poetas con tendencias políticas.—El padre Butron.—Benegasí (don José Joaquín).—Fray Juan de la Concepción.

Sin intención bien determinada, pero involuntariamente movidos por el espíritu de examen filosófico y político que empezaba á despertarse por aquellos tiempos, muchos poetas de la escuela popular escribían sátiras políticas de circunstancias, empleando la poesía como medio inofensivo para decir verdades que en otra forma hubieran parecido censurable osadía. Unos, como *don Alonso de Anaya*, se valían del teatro; otros escribían coplas y romances vulgares; los más se contentaban con intercalar alusiones satíricas en sus composiciones familiares.

Estos poetas eran innumerables. Nos limitaremos á recordar tres de ellos, porque fueron hombres de fama literaria en su época.

Pasaba por poeta agudo y conceptuoso el padre *José Antonio Butron*, autor de un poema, *Harmónica Vida de Santa Teresa*, escrito en confuso y estrafalario estilo, y de muchos versos líricos, cuyos principales caracteres son audacia política y grotesco desenfado en la expresión y en las ideas (1). Más insolente que satírico, escribió en tono de chabacanería popular contra los frailes, contra la Princesa de los Ursinos, contra Macanaz, contra el Duque de Berry, contra el confesor del Rey, y contra otras cosas y personas de cuenta. Era de aquellos que, animados de espíritu descontentadizo y recalcitrante, no transigían, ni aún en favor de las luces, con el influjo de la civilización francesa, que había traído á España la casa de Borbon. Empleaba la poesía, del propio modo que otros muchos copleros de su tiempo, como arma de oposición política, semejante á la imprenta periódica de nuestros días. Amaba á Felipe V por sus nobles prendas de carácter; pero le había sido tan odiosa la prepotencia militar y política de la Francia en España durante la guerra de sucesión, que, haciéndose eco de las preveniciones más vulgares, daba en la injusticia de acusar á la Francia misma de fomentar la rebelión de los catalanes, llegada ya la paz de Utrecht (2).

Cuando escoge para sus versos asuntos elevados de historia ó de arte, como la *muerte de la reina doña Luisa de Borbon*; la *estatua de san Bruno*, del escultor Gregorio Fernández; el *paralelo entre Marcial y Juan Owen*; la *heroica acción del Duque de Béjar*, que en

(1) Tenemos á la vista tres códices con poesías del padre *Butron*, dos de la colección de manuscritos del señor don Pascual de Gayángos, otro de la colección del señor Sancho Rayon.

(2) Hé aquí un soneto curioso de *Butron*, que da idea de su espíritu y de su estilo:

Á LA FRANCIA, POR LAS COSAS QUE PASABAN EL AÑO DE 1713.

Soneto.

Corrió Francia á la paz un arambel,
Ni oyen á Osuna ni aún á Monteleón (a);
No abogará por Francia Lexington (b);
Mas la Vieja (c) y Ronquillo (d) hacen papel.
Engañando con visos de oropel,

(a) El Duque de Osuna y el Marqués de Monteleón, enviados á Utrecht para negociar y firmar los tratados de paz. (Nota del Colector.)

(b) Lord Lexington, plenipotenciario de la reina Ana, que firmó en Madrid, con el Marqués de Bedmar, el tratado de comercio celebrado entre España y la Gran Bretaña el 13 de Julio de 1713. (Idem.)

(c) La Vieja: la Princesa de los Ursinos, que tenía á la sazón setenta años. (Idem.)

(d) Don Francisco Ronquillo, gobernador del Consejo de Castilla. (Idem.)

No evacua humor frances la evacuación (e);
Francia ya dice oui, ya dice non;
Que siempre fué su genio cascabel.
No conquista Castilla al portugues,
Y el catalan se está siempre tenaz,
Por irle á Francia en ello su interes.
Castilla por Felipe pertinaz,
Y Francia lo hace todo del revés,
Haciéndole más guerra con su paz.

(e) Alude á la salida de las tropas francesas del territorio español. (Idem.)
En otro soneto de *Butron*, raya en furor su encono contra la Francia. Lo publicamos como curiosidad histórica:

¡Que un gallo que de viejo es ya capon (*)
Pueda así al gallinero alborotar!
¡Que ponga en confusion la tierra y mar
Este grande gusano revoltón!
¡Que haga así de lo ajeno partición,
Para mejor lo propio conservar!
¡Y qué! ¿la pobre España ha de pagar
Todo lo que ha pecado su ambicion?
¡Que por oro nos trueque el oropel,
Y la jerga nos venda por tisú!
Y ¿por qué, cuando amigo es más infiel,
Nos lleva las riquezas del Perú?
¡Oh Felipe! ¿qué haceis? ¡Oh España fiel!
¡Oh Francia vil! ¡Oh tú, tirana, oh tú.....!

(*) Luis XIV.

el bombardeo de Audenarda, en Flándes, apartó con sus manos las brasas que habían caído sobre unos barriles de pólvora; la gloriosa muerte del mismo Duque en Buda, y otros semejantes, *Butron* tiene arranques propios de su carácter fogoso; pero el alambicamiento de idea y de frase deslucen todas sus poesías de intención lírica, y no hay una sola entre ellas que merezca vivir en la posteridad. Una de las más curiosas es la canción real *al caballo de bronce del Retiro* (1). Hé aquí una muestra de esta poesía ingeniosa, pero *gongorina*, de que todavía quedaban tan profundos rastros. Habla de Felipe IV gobernando el caballo:

Mándale que se aquiete
El Rey, y salpicando el freno en vano,
Obedece al monarca soberano,
Aun más que por lo rey, por lo jinete.
No podrá el cetro hacer que se sujete
A estrechar su ardimiento
En la region del viento:
Si la espuela hácia el céfiro le llama,
Garza será en las plumas de la fama...
Fuego celeste acaso
Derritió el metal duro, porque luégo
Que las dos manos libértó del fuego,
A la esfera del fuego encumbró el paso.
No el Bucéfalo triunfe, no el Pegaso
Blasone osadamente
Imitarle lo ardiente;

Que á entrambos vence en impetu volante
Este del sol espíritu elegante.
Viva parece, con osado aliento,
Aquella mano que levanta al viento;
Que, al labrarle el artifice toscano,
Sintió el dolor, y levantó la mano...
Acaba ya: la atmósfera cortando,
Conozca el aire leve
Que aun el bronce se mueve.
Pero no, no te nuevas, y tu planta
Aten lazos de obsequio reverente
Por tanto rey y por grandeza tanta.
No corras, aunque aspire á viviente
Para envidia de Fídias y Lisipo:
Estáte en pié, pues sirves á Filipo.

Esta poesía es en extremo hiperbólica y alambicada; pero no puede escribirse sin ingenio. No hay duda: aquel gusto falso y pervertido esterilizaba las facultades espontáneas y naturales de los que, en mejores tiempos, hubieran llegado acaso á la verdadera poesía.

No era *Butron* indulgente ni aún con los países en que vivía. Residió algun tiempo en Soria y en Galicia, y escribió descripciones, más que burlescas, injuriosas, de aquellas tierras. Ambas tuvieron en su tiempo un éxito extraordinario, y corrían las copias de mano en mano, como las famosas descripciones de alojamiento de *Gerardo Lobo*. La descripción de Soria está escrita en décimas. La segunda dice así:

Ciudad, terror de Romanos,
Que Scipion, al pelear,
Jamás la quiso tomar
Por no ensuciarse las manos.
Como fénix ó gusanos,

Se labraron tumba honrada;
La vega quedó abrasada,
El pueblo quedó encendido,
Porque Soria siempre ha sido
Muy buena para quemada.

No trata con mayor blandura al hermoso suelo de Galicia. Así dice, á poco de empezar, en malos versos pareados:

Baña el mar sus contornos por lavarle,
Pero lo sucio no podrá quitarle.
Lóbrega estancia es, en donde el cielo
Cubre de pardas nubes siempre un velo...

Los versos de *Butron*, que tanto se aplaudían al empezar el siglo XVIII, ya olvidadas á fines del mismo siglo las circunstancias que daban interés á sus sátiras chabacanas, y transformado el gusto literario, sólo servían de escarnio á críticos y poetas. El erudito jesuita *don Francisco Javier Alegre*, aludiendo á la musa desmandada del brusco y altisonante coplero,

(1) Es la célebre estatua ecuestre, obra del escultor florentin Pedro Tacca, que hoy se halla en la plaza de Oriente.

le llama *el desafortado Butron*. El canónigo *Huarte*, despues de mofarse, en *La Dulciada*, del poeta *Benegasi*, dice así :

Seguíale *Butron*, envanecido
Al ver que su elocuencia nos ha dado
Un poema hasta ahora no entendido.

Hoy día, las obras de los poetas de la estofa del padre *Butron* no tienen más valor que el interes histórico que encierran esas manifestaciones libres y naturales que brotan de los sentimientos y de las pasiones del vulgo.

Todavía inferiores á los poetas mencionados, y al lado de los *Montianos* y de los *Nasarres*, que se afanaban por disciplinar y encarrilar el gusto del público, aún á costa de la inspiración española, habia una falange de copleros, tales como *Bolea*, *Marujan*, *Olmeda* y otros, que, siguiendo las huellas de los poetas de índole popular, no sabian ni querian resignarse á entrar por la senda extranjera que les señalaban aquellos flamantes reformadores. Eran como la última protesta del espíritu literario español moribundo. ¡Protesta estéril y tardía! Los tiempos de la inspiración nacional habian pasado, y estos ecos infelices de la musa española degenerada no contribuian sino á dar la razón á los críticos de la nueva escuela.

Uno de aquellos poetas de ínfima laya, muy acreditado en su tiempo entre la gente del gusto vulgar, fué *frej don José Joaquín Benegasi y Lujan*, señor de los Terreros, canónigo reglar de san Agustín. Tenía gran facilidad para versificar; su ingenio era vivo y fácil, pero de corto alcance; su númen, rastrero y familiar, no se levantaba nunca á la esfera de la poesía sublime. Así pinta él mismo su talento poético con notable acierto, y con la modestia y sinceridad propias de su carácter, en estas fáciles quintillas, que pueden dar idea de su estilo :

Que mi estilo no es gallardo,
Elevado ni especial,
Es verdad : no soy Gerardo (1);
Pero tampoco es bastardo,
Ántes es muy natural.
Díome Apolo mi destino
Para lo festivo sólo;
Oponerme es desatino,
Basta ser gusto de Apolo;
Yo me voy por mi camino.

El medir las fuerzas es
Quitarse la pesadumbre
De padecer un reves;
Pues muchos van á la cumbre,
Y dan de hocicos despues.
¿Yo seguir, yo remedar
Al que es por culto aplaudido?
No lo tienen que esperar,
Porque jamas he seguido
Lo que no puedo alcanzar.

Gran sensatez demuestra *Benegasi* en estos versos. Algunas aunque muy raras veces le ocurre escribir poesías á asuntos elevados, por ejemplo, á *Santa Teresa*, á la *Toma del Parmesano*, al *Asesino que hirió á su majestad cristianísima (Luis XV)*; pero la lira de los grandes poetas no produce en sus manos sino sonidos monótonos y vulgares. En una ocasión intenta remontarse á las elucubraciones de la filosofía cristiana, y escribe un largo y desaliñado romance, así titulado : *Lo que es el mundo, la hermosura, la nobleza y el aplauso*. No acuden á su pensamiento más que conceptos vulgares, más ó menos ingeniosos, expresados con la entonación chabacana de los romances del vulgo. La definición que da del mundo es ingeniosa :

¿Es acaso más que un
Bien pintado coliseo,
Todo luces por afuera,
Y confusion por adentro?

Y ¿qué emoción podia producir el recuerdo de las hazañas históricas, fuente legítima de la verdadera aristocracia del nacimiento, en quien define la nobleza con el criterio limitado y materialista del populacho?

(1) Alude á Gerardo Lobo.

¿Qué es nobleza? Continuada
Riqueza, y esto supuesto,
La más ó menos nobleza
Es más ó menos dinero.

Benegasi, nacido en hidalga cuna, ataca á la nobleza, no sólo así de pasada y en forma de reflexión filosófica, sino, lo que es más extraño, en la forma trascendental de los papeles populares anónimos, vendidos por los ciegos en las calles de Madrid. Así publicó y propagó, ocultando su nombre, varias sátiras, y entre ellas una en redondillas, contra la nobleza, que empezaba de este modo :

El que quiera ser marqués,
Conde, duque ó caballero,
Ha de observar lo primero
Hacerlo todo al reves...
No quede pícaro á quien
No alcance su protección,

Y no le dé ni atención
Á ningún hombre de bien...
Trate á todos con desvío,
Haga esperar á cualquiera,
Como si el que aguarda fuera
De casta de algún judío...

Así hablaba el honrado *Benegasi*, benévolo é inofensivo, embelesado siempre con el culto trato de las más ilustres familias de España, que le dispensaban franca amistad y cordial estimación. Aun no habian corrido por España los perniciosos escritos de Voltaire, que tenía pocos años más que *Benegasi*; aun duraba en nuestro suelo la arraigada fe de los españoles en religion, costumbres, clases é instituciones; y sin embargo, el padre *fray Juan de la Concepción*, *Benegasi* y tantos otros ánimos puros y creyentes, empiezan, sin sospecharlo, á minar el edificio antiguo de la civilización española. De estos, que parecen fenómenos del mundo moral, pueden señalarse muchos en la primera mitad del siglo XVIII. Comenzaba una era de transformación. Apenas tenían fuerza, luz y calor aquellas chispas de un fuego latente y progresivo, que, andando el tiempo, habia de deslumbrar y conmover hondamente á las generaciones inmediatas.

Tenía *Benegasi* la modestia del orgullo, y lo que es más, del orgullo democrático.

Cuando le hablan de admitir el título de conde que el Monarca habia ofrecido á su padre, y que á él igualmente le ofrecia, contesta, cual si le hicieran un agravio :

¿Yo conde, señor? ¿Yo conde?
¡Cosa que tanto aborrezco,
Que es para mí un titulado
Poco menos que un veneno!...
¿Yo aventurarme, por pobre,
A ser la mofa del pueblo?
Pues no hay mogiganga como
Un título sin dinero.
¿Yo admitir un oropel,
Que le discurre tan léjos
De ser merced, que ántes bien
Me deja sin la que tengo?
¿Yo entrarme en el infinito
Número de los molestos,

Soberbios, vanos, negados,
Señores de medio pelo?...
Hartos títulos miramos,
Hartos estamos con ellos;
Que en Madrid se miran hartos,
Pero nunca satisfechos.
No hay monte, flor, apellido,
Mar, ni río, ni riachuelo,
Que no haya servido para
Los títulos que tenemos....
¡Ira de Dios! Y ¡qué plaga!....
.....
.....

De notar es que en la lucha suscitada, muchos de los que por nacional instinto seguian el gusto libre y original que dió tanta vida á las letras españolas en los dos primeros tercios del siglo XVII, reconocian la conveniencia del freno académico que empezaba á imponerse; pero llevados del impulso antiguo, que era el verdaderamente español, miraban siempre y como á pesar suyo, cual rémora y escollo del ingenio, ese mismo freno, esa dirección preceptiva, cuya saludable influencia no se atrevian á negar. Les parecian como inconciliables el estro y la sujeción de las poéticas, y esta idea asoma por lo comun en los aplausos que tri-

butaban á las obras ajustadas á las reglas de los preceptistas. *Benegasi* elogia así á un autor dramático (1):

¡Oh qué bien, oh qué bien, Velasco, parte
Tu númen, siempre al arte reducido!
Logrando los aciertos de entendido
Con naturalidad, pero con arte...

Bien se trasluce que miraba como una maravilla que pudiesen andar juntos lo de *entendido*, esto es, discreto y espontáneo, con lo de observador del *arte*.

La poesía fué la pasión dominante de su vida entera; poesía sin vigor y sin entusiasmo; que otra no cabía en aquel alma apacible y casi indiferente á las emociones del corazón ó de la fantasía. En alguna ocasión reconoce, como á despecho, el imperio de una nueva crítica (2); otras veces ensalza á Montiano, á Luzan, á Sarmiento, á Mayans y á otros escritores de la escuela de los preceptistas. Dice que los admira, pero no los sigue. Su estilo, sus asuntos, su espíritu satírico, la índole de sus chistes, todo es vulgar. *Benegasi* nada tiene de poeta; no es más que un coplero, en el sentido ínfimo de esta palabra. Bien da á entender el mismo cuánto embarazo causan á su musa indisciplinada los preceptos de los maestros, en estos versos, escritos en un momento de ingenuidad:

No quiero á Nebrija,
Ni jamás le quise;
¡De ingenios por arte.
Apolo me libre!

Tan poco respeto le inspiraba lo que las lumbreras de la época doctrinal llamaban la *trompa épica*, que no titubeó en escribir la *Vida de san Dámaso* en redondillas, y la *Vida de san Benito de Palermo* en seguidillas (3).

No faltaban ejemplos de poemas épico-religiosos compuestos en metros poco adecuados á asuntos graves. La Pasión de nuestro Señor Jesucristo fué escrita en quintillas por *don Alonso Giron de Rebollo* (4), á quien elogia Cervantes en la *Galatea*, y en décimas por el maestro *Juan Dávila* (5). ¿Qué mucho que *Benegasi* escribiese en metros ligeros poemas narrativos, si hasta hubo quien intentase explicar en seguidillas las doctrinas abstrusas de la filosofía? (6).

Con menor agudeza, pero con mayor fecundidad y audacia que su padre *don Francisco Benegasi*, siguió *frey don José* las huellas de éste, así en sus obras dramáticas como en las líricas. De esclarecido linaje, introducido en la sociedad aristocrática, y en amistosas conexiones con las personas más encumbradas de su tiempo, tales como el Marqués de la Ensenada, los Duques de Arcos, la Marquesa del Carpio, el Marqués de Valparaíso, y otras de igual jerarquía, deplora la confusión de clases que visiblemente iba creciendo de día en día. Así dice en una carta poética al Marqués de Villena:

(1) Don José de Velasco, que envió á don José *Benegasi* una comedia suya.

(2) Hablando de la comedia *La razon contra la moda*, traducida por Luzan, dice:

Las unidades que el objeto son
De la crítica que hoy la ley nos da,
Y que, si no se pára, correrá...

El equívoco *se pára* (separa) indica bastante la poca convicción de *Benegasi*.

(3) Así habla de *Benegasi* el canónigo *Huarte* en *La Dulciada*:

También estaba *Benegasi* haciendo

De inventor de una nueva poesía;
Lloraba triste y suspiraba viendo
Que nadie lo imitaba ni seguía.
Benegasi es aquel númen tremendo,
Cuyo arte y reglas fué su fantasía,
É hizo un poema entero en redondillas,
Y puso la epopeya en seguidillas.

(4) Impresa en Valencia, por Juan Mey, 1563.

(5) Impresa en Leon de Francia, 1661.

(6) *Tratado filosofi-poético escótico*, compuesto en seguidillas por doña María Camporedondo. En la oficina de Miguel Eseribano. Sin año de impresión. La licencia es de 1757.

¡Oh siglo fatal en todo,
Pues distinguir no se puede,
Ni si es plebe la nobleza
Ni si la nobleza es plebe!

Y sin embargo, se entregaba, como llevado de su instinto, al torrente de las ideas y de las costumbres, se mezclaba con la plebe, como casi todos los nobles de su tiempo, y cultivaba gustoso la poesía del vulgo, humilde y llana; si bien, con serlo tanto, no llegó nunca al desmayado estilo, al insufrible prosaismo de la mayor parte de los poetas de la escuela doctrinal.

Cuando se recorren los copiosos tomos de poesías que publicaron *Benegasi* y otros varios poetas, sin encontrar en ellos, con rarísimas excepciones, asuntos elevados, acentos íntimos del alma, ecos de los grandes intereses de la humanidad ó de la patria, ó devaneos sublimes del espíritu, se comprende el abismo en que había caído la poesía. La decadencia no estaba sólo en las ridiculeces de la forma; estaba principalmente en la esencia. Ni una idea filosófica, ni un movimiento del entusiasmo ó de la pasión. Los asuntos de *Benegasi*, que tanto recreaban en su tiempo, dan idea de la pobre esfera á que había descendido aquella poesía insustancial. Si llovía con abundancia, si nevaba, si le atropellaban unos asnos, si le aplicaban sanguijuelas, si un amigo despedía con facilidad á los criados, si otro perdía una mula, si se emborrachaba su barbero, si picaba una chinche á su criada, si había estornudado una señora, si había goteras en su casa, *Benegasi* se inspiraba con estos y otros hechos igualmente triviales. Complaciase especialmente en la descripción de sus enfermedades, aun las más repugnantes (1). Y con tales creaciones de una musa asquerosa y casera, formaba voluminosas colecciones, y se atrevía á darlas á la estampa. Así hacían otros igualmente, ¡y el público compraba estos centones de sandeces y fruslerías!

Benegasi fué, pues, un poeta digno de su época. Como hombre fué un dechado de honradez, de modestia y de candorosa bondad. Como escritor, aparte de su mal aprovechada laboriosidad y de cierto gracejo de escasa trascendencia, que sólo sus allegados podían apreciar, no tuvo más que un mérito verdadero: el haberse preservado casi completamente, por la llaneza de su carácter y la sinceridad de su instinto, del estilo falso y ampuloso que reinaba en su tiempo. Dando consejos á un amigo, le dice con grotesco donaire:

De lo culto te aparta;
Mira que es droga
Necesiten linternas
Para tus obras.

Has de hablar castellano
Como tu abuelo:
La moreilla, moreilla,
Y el cuerno, cuerno.

La misma naturalidad de su lenguaje le inspira algunas aunque muy pocas veces versos felices, como cuando dice de una viuda desconsolada que había mortificado grandemente á su marido:

Vivo le hizo llorar, muerto le llora;

y cuando, aludiendo á las poesías satíricas de *Gerardo Lobo*, más descriptivas que injuriosas, concentra su idea en este enérgico pensamiento:

Pincel, y no puñal, tuvo por pluma.

En la poesía familiar narrativa tiene algunas descripciones felices, como la siguiente, en que pinta, en un chistoso rasgo, la arrogancia científica del médico que le asistía:

(1) Entre otras, una fluxion, la sarna, un reumatismo, las almorranas. Á este último asunto había escrito ya *Montoro*, á quien admiraba mucho *Benegasi*.

Entró de peluca blanca,
Y regentando el baston,
Como diciendo: la tropa
De tus males mando yo.

Juzgando las poesías de don Gabriel Álvarez de Toledo, dice lo siguiente, en tono de alabanza: «Los *conceptos* son elevadísimos, los *equivocos* no comunes...» No alcanzaba á más el discernimiento crítico de *Benegasi*. Todo el deplorable y copioso caudal de sus obras demuestra que este ingenio, vulgar y ambicioso, no habia nacido para la poesía. Y sin embargo, fué grandemente celebrado en su tiempo, y el hechizo que hallaban sus contemporáneos en sus triviales y despreciables versos, prueba hasta qué punto son engañosos é inseguros para la fama verdadera los aplausos de una sociedad extraviada en el camino de la cultura literaria. La celebridad no es la gloria.

Carecia *Benegasi* de las dos facultades principales que dan al alma movimiento y elevación: la sensibilidad y la fantasía. De ésta, con lo dicho puede formarse cabal juicio. De su escasa sensibilidad hay un triste y claro testimonio en sus propias obras. Sus prendas de carácter eran altas y nobles. Lo prueban sus cartas, ó más bien memoriales, al Marqués de la Ensenada y á otros magnates poderosos. La necesidad le obliga á pedir protección; si elogia alguna vez, lo hace de buena fe; pero no sabe descender á la indignidad de la lisonja. Á la Reina misma se dirige una vez, y termina así su romance:

Tan desnudo de intereses,
Tan léjos de adulaciones,
Que sólo aspiro, Señora,
Al perdon de mis errores.

Pero su ánimo, ó por lo extremadamente sereno, ó por lo desmedidamente inclinado á ver las cosas del mundo por el lado festivo, no se turba, ni se martiriza con las desgracias de la vida. La composición más tierna que escribió fué á la muerte de su esposa Vicenta. Se conoce que la amaba cuanto él podía amar; y sin embargo, esta poesía es una relación prolija, entre conceptuosa y casera, de pormenores insulsos y triviales. Dos composiciones consagró á la muerte de dos hijos suyos. La una es un soneto á *Francisco José*, que, ya mancebo, murió repentinamente al volver de un entierro, el día mismo en que habia confesado y comulgado. El soneto está escrito con una entonación por demás sosegada para un padre, pero que al cabo puede explicarse por la fuerza de la resignación cristiana. La otra es una décima á *Ramon*, que murió «á pocos días de haber vuelto, casi desnudo, de la escuela, por vestir á un niño pobre, quitándose hasta las medias para dárselas.» Este noble y patético asunto no inspiró al corazón de un padre más que la siguiente décima jocosa, chocarrera en el tono, é impropia y repugnante por el insípido y vulgar donaire:

Niño que se desnudaba
Por el pobre con tal celo,
Se estaba calzando el cielo
Desde que se descalzaba.
Dios, que su piedad miraba,

Me le quiso asegurar;
Y así, al verle desnudar,
Que le diría cotejo:
Vén acá, que si te dejas,
Te me puedes resfriar.

¿Puede sentir y comprender la poesía, que no es sino la expresión noble de grandes sentimientos, quien en tal ocasión se atreve á emplear tan insulso é intempestivo gracejo, y estilo tan ridículo y chabacano? (1).

(1) Don José *Benegasi* habia acaso heredado de su padre esta insensibilidad nativa, que arrastra á ciertos hombres á anteponer la vanagloria de un chiste á la expresión sencilla de los sentimientos na-

Si era sereno y frío para los sentimientos, no lo era ménos para los intereses; pero aquí la frialdad era honrosa, como indicio de noble temple. En momentos de gran conflicto pecuniario, embargan una de sus casas «por el derecho de la décima que tenía el Rey en los réditos atrasados de los censos.» En vez de entristecerse con este grave contratiempo, lo recibe impasible y lleva el estoicismo hasta la risa. En aquellos momentos mismos escribe á un amigo suyo esta graciosa

DÉCIMA.
Llegó la Justicia, y
Tambien mi susto llegó.
Ella la casa embargó,
Y el susto me embargó á mí.

Décima piden; y así,
Pues nuestro Rey interesa
Solo en ella (y no me pesa,
Porque sé su gran piedad),
Digan á su Majestad
Que se contente con ésa.

Este hombre no tomaba por lo serio las cosas de la tierra; sólo las del cielo le llegaban al alma. El mismo expresa en un romance esta tendencia genial de su alma:

Todo el mundo es mogiganga,
Es tramoya y es comedia;
Pues, donde estamos de burlas,
¿Cómo puedo estar de véras?

Nos hemos detenido algun tanto en examinar el carácter de la poesía de *Benegasi* y la índole del hombre, no sólo porque este poeta fué famoso en su tiempo, sino además porque es como el prototipo de los poetas populares del reinado de Fernando VI. Toda su poesía se reduce á estas circunstancias: facilidad, vulgaridad, frialdad, trivial donaire, cierta audacia satírica, pero sin entusiasmo ni elevación moral.

En los últimos años del reinado de Felipe V y durante la primera mitad de Fernando VI, alcanzó gran fama de poeta, y no escaso concepto de crítico entre los escritores de instinto popular, *fray Juan de la Concepción*, carmelita descalzo, varón de vasto saber, igualmente aventajado en la cátedra y en el púlpito. Como poeta se distinguió por su facilidad extremada. Con su rápida comprensión y sus medios nada comunes de expresión espontánea y brillante, fascinaba á sus contemporáneos. Contábase de él maravillas de ingenio, de memoria y de discernimiento penetrante y seguro. Conservó durante el siglo último tal fama de sabio y de repentista, que, cerca de cuarenta años después de su muerte, Álvarez y Baena, tan frío por lo común, se entusiasma con la gloria del carmelita, y habla de él en estos términos, exagerados acaso, pero dictados por el espíritu de sinceridad que resplandece constantemente en los juicios y noticias del encomiador de los *Hijos de Madrid*:

«Las alabanzas (dice) que merece este sabio matritense no cabrían en muchos pliegos. Fué uno de los mayores entendimientos de este siglo. Su elegancia en la prosa y en el verso, y su memoria no han tenido igual. Tomaba un tomo en folio, pasaba la vista por una llana, y bastaba para referirla sin faltar letra. Para su correspondencia y despacho de lo que se le encargaba, ya de los tribunales ó ya de su religión, tenía siempre cinco ó seis amanuenses, á quienes dictaba á un tiempo, sin embarazo, diferentes asuntos. Esto de dictar á cinco, seis ó siete á un tiempo, y á cada uno en distinta especie de verso y diferente asunto, lo hacia frecuentemente en las casas de los Grandes, que le dispensaban mil honores, y

En las obras de don Francisco *Benegasi* se encuentran este epigrafe y estos versos:

En el mismo día en que su majestad mandó dar un coche al autor,
se le murió á éste una hija de poco tiempo; y pidiendo al tesorero
para el entierro, le envió esta

DÉCIMA.
Murió la niña. Importante
I. PS. XVIII,

Será enterrarla esta noche,
Porque si sabe que hay coche,
Resucitará al instante...

Esto no necesita comentarios. El alma del padre era aún más glacial que la del hijo.

particularmente en la de Medina-Sidonia, ante los Duques, y en las de otros sujetos literatos, de que tengo algunos versos que hizo en tales ocasiones.»

Segun dice Villarroel, en estos nada armónicos versos, escritos poco despues del fallecimiento del ilustre religioso,

De repente una relacion decia
Y al mismo tiempo que la recitaba,
La pluma en otro asunto ejercitaba,
Y en diferente metro lo escribia.

Don Diego Rejon de Silva, en un pedantesco romance, dirigido á Benegasi, dice del peregrino talento de fray Juan :

Aquel ingenio famoso,
Con quien son, al compararse,
Roncas urracas los cisnes,
Y pigmeos los gigantes...;
Aquel que miró al Pegaso,

Por dócil al manejarle,
Inmóvil monte á su rienda,
Veloz rayo á su acicate...;
Aquel que dictaba á un tiempo
De amanuenses á dos pares...

Álvarez y Baena añade que «mereció el nombre que se le daba de *Monstruo de sabiduría y elocuencia*.» Que así era llamado es la verdad, y de ello da testimonio su amigo y fervoroso admirador don José Benegasi en estos versos :

Doctísimo fray Juan, monstruo en la ciencia,
Maravilla y asombro del Parnaso,
Segundo Lope, nuevo Garcilaso,
Á quien el mismo Apolo reverencia..

El candoroso Benegasi, cuya admiracion rayaba en ardiente entusiasmo, escribió un poema en octavas para honrar la memoria del celebrado carmelita (1).

¿Mereció real y verdaderamente fray Juan de la Concepcion tanto renombre y tanta autoridad? Rara vez hay prendas intelectuales de alto temple y de trascendental alcance en estos hombres que son prodigios de gimnasia intelectual. Que no era hombre de vulgar y rastroso laya lo patentizan sus propias obras teológicas y literarias, por más que afece grandemente á estas últimas el estilo conceptuoso, que fué acaso en su tiempo uno de los más eficaces títulos de su fama. Su historia demuestra que habia en su carácter cierto ambicioso desasosiego y cierta audacia, de aquellas que atraen la atencion pública; y en estos impulsos, que su carácter sagrado no alcanzaba á enfrenar, hay que buscar principalmente su accion y su fuerza entre los hombres de su época.

La Academia Española le abrió sus puertas en 1744, y rompiendo fray Juan con la práctica establecida, pronunció en verso su *oracion gratulatoria* ó discurso de entrada, causando no poca extrañeza, segun confiesa su mismo encomiador Benegasi. Gentes poco aficionadas á innovaciones censuraron al nuevo académico, juzgando la forma poética poco adecuada á la naturaleza de aquel acto y á la gravedad de formas propia de las solemnidades del docto é ilustre instituto.

Publicó una revista critica, titulada *Resurreccion del Diario de Madrid, ó nuevo cordón crítico general de España* (1748). La crítica era por entonces escabrosa tarea, y el travieso censor se ocultó sucesivamente con cuatro nombres supuestos.

Pero donde se ve más patente la índole inquieta y resuelta del sabio carmelita, es en su tendencia á tomar parte en el movimiento político de su tiempo, haciéndose eco de los clamores populares. Empleaba para esto la poesía en el tono y forma del pueblo, y ocultando, por supuesto, su nombre, pues otra cosa no consentia el sagrado carácter de que se hallaba

(1) *Fama póstuma del reverendísimo padre fray Juan de la Concepcion*, etc. Madrid, imprenta del Mercurio, 1754.

revestido. En dos de sus papeles, titulados, el uno *El Patán de Carabanchel*, y el otro *El Poeta oculto*, impresos poco despues del advenimiento al trono de Fernando VI, entre consejos, súplicas, quejas y felicitaciones, dice útiles verdades y expone ideas atrevidas para aquel tiempo.

Esto tiene escasa importancia para la historia literaria, pero la tiene muy grande para la historia política de la nacion. El tiempo no caminaba en balde. Quien así anticipaba, por medio de cantos populares, la accion política de la opinion, ejercida más adelante por la imprenta periódica, era esta vez ¿quién lo diria? un sabio religioso, tan respetable como respetado; un consultor del Infante-Cardenal don Luis, y, lo que es más singular, un calificador de la Suprema Inquisicion.

Fray Juan de la Concepcion puede ser considerado como uno de los indicios más palpables de la transformacion moral que, así en España como en los demas países de Europa, asomaba ya, con más ó menos claridad, á mediados del siglo XVIII.

Maduras las ideas nacientes, y formado el gusto literario, el fecundo y laborioso carmelita habria sido acaso un aventajado escritor y un insigne poeta. Escritas en aquella época de confusion y de mal gusto, sus obras literarias se resienten de ligereza, de afectacion y de la manía conceptuosa, que todo lo afeaba y deslucia. La posteridad no ha consagrado la gloria del *Monstruo de la sabiduría*, que no fué, como otras muchas glorias, más que un eco pasajero de las impresiones contemporáneas. Fray Juan fué uno de aquellos muchos que, condeñando severamente los vicios de la escuela conceptuosa, incurrian á sus anchas en los deplorables extravíos. Estaba tan dominado por el estragado gusto de su época, que lo seguia sin advertirlo, cabalmente en el momento mismo en que lo censuraba. Aplaudiendo la naturalidad de estilo de su amigo don José Benegasi, dice así :

«Está mal con los que hablan crepúsculos y escriben lobregueces. Hace bien. No sé por qué no ha de condenar la elocuencia la secta de los *anochecidos*, como la Iglesia la de los *alumbra-dos*... El Corinto de España ha sido Córdoba; y como si fuera para todos ir á Corinto, el anhelo de remedar al superior ingenio cordobés, á muchos españoles los ha hecho *griegos*.»

Incorregible era, sin duda, quien, al recomendar la sencillez y la claridad, da ejemplo de este lenguaje alambicado y presuntuoso. ¿Quién hubiera dicho al celebrado carmelita que, con todo su ingenio, habia de quedar, en la triste historia de la poesía de su tiempo, tal vez más bajo que el humilde y modesto Benegasi, objeto de tantas burlas en la era de Carlos III?

CAPÍTULO VI.

Síntomas claros de cambio en el gusto literario.—Época doctrinal.—*Diario de los Literatos*.—*Poética* de Luzan.—Iriarte (don Juan).—Artigas.—*Sátira de Jorge Pitillas*.—Índole francesa de su inspiracion.—Aclaracion del seudónimo.

No pocos indicios anunciaban ya en los primeros años del siglo XVIII la transformacion del gusto literario, que habia de llevarse á cabo por medio de reglas é institutos de origen frances. Entre ellos pueden señalarse tres, claramente significativos : la creacion, en 1713, de la *Academia Española*, encargada de «proponer reglas de buen gusto, así en el pensar como en el escribir» (1); la publicacion, en el mismo año 1713, del *Cinna* de Corneille, traducido por don Francisco Pizarro, marqués de San Juan; y la imitacion de la *Ifigenia*, de Racine, publicada por Cañizares, ántes del año 1716. Veinte años despues, los indicios de la introduccion en España del gusto extranjero se convierten en patentes é incontestables testimonios. Los más calificados que pueden citarse son tres igualmente, como estos indicios cuya importancia acabamos de señalar : la *Poética* de Luzan; el *Diario de los Literatos*; la *sátira*

(1) Estatutos primitivos.